

Historia del Tiempo Presente y necesidad de distancia en el tiempo: notas exploratorias para un entrelazamiento posible

Present Time History and the need for distance in time: exploratory notes for a possible intersection

Pablo Toro Blanco
Universidad Alberto Hurtado
ptoro@uahurtado.cl

Resumen

El presente ensayo aborda el problema de la distancia en el tiempo, en el contexto de la hermenéutica histórica y en referencia al pensamiento de Gadamer y Ricoeur, para enlazar tal asunto con las condiciones de posibilidad de la Historia del Tiempo Presente, corriente historiográfica de importante desarrollo en las décadas recientes.

Palabras clave: Teoría de la Historia, hermenéutica histórica, Hans-Georg Gadamer, Paul Ricoeur, Historia del Tiempo Presente.

Abstract

This essay examines the problem of distance in time, in the context of historical hermeneutics, and in reference to the thoughts of Gadamer and Ricoeur, in order to connect this issue with the conditions of possibility of Present Time History, a historiographical current which has developed significantly in recent decades.

Key words: Theory of History, historic hermeneutics, Hans-Georg Gadamer, Paul Ricoeur, Present Time History.

I. Presentación

La mirada que el ser humano dirige hacia su pasado con el afán de comprenderlo está acompañada siempre de los usos, percepciones, valores, doctrinas y esperanzas que se apoyan en el fondo de la propia conciencia, sabidos y asumidos algunos, ignorados y en puja constante con la arquitectura conceptual que manejamos, otros. Nuestro suelo y punto de apoyo es la tradición y su influjo, atadura sin la cual no sería posible experimentar

nuestra gravedad, nuestro peso en la existencia. Dicha tradición se afirma como el marco desde el cual pensamos el pasado y es sometida al embate de las preguntas a veces lacerantes (pero siempre necesarias) con las que leemos nuestra manera de ser en el mundo. Así, pues, qué duda cabe acerca de que cuando se aborda un tema de conocimiento histórico está implícita, en buena medida, la tradición en un doble juego: como campo hacia el cual se dirige la mirada y como matriz desde la cual el propio ojo avizor se constituye.

La mirada hermenéutica al ámbito del conocimiento histórico rebasa los límites de una metodología normativa que, sin duda, se halla en las antípodas de aquella. Teniendo en cuenta esta realidad, nos interesa, sin embargo, abordar un tema que es de tráfico usual en las discusiones metodológicas acerca del quehacer del historiador: la necesidad de una distancia en el tiempo que medie el encuentro entre el investigador del pasado y éste. Pretendemos articular una reflexión sobre este tópico en polémica con las condiciones de posibilidad que la historia contemporánea y su nueva rama, la historia del tiempo presente, tienen de constituirse en situaciones de real conocimiento histórico a la luz de la hermenéutica. Por lo tanto, no se hallará en estas páginas una reflexión exclusiva y específicamente epistemológica, aunque sea tal campo un suelo natural para nuestro interés, sino que habrá, más bien, una referencia preferente a los conceptos de la hermenéutica filosófica desarrollados por Hans-Georg Gadamer, contrastados y enriquecidos por alusiones a otros autores, entre los cuales destacamos a Paul Ricoeur.

Hemos abierto estas páginas invocando a la tradición como estatuto que funda nuestra posibilidad de conocer, ya sea el pasado así como nuestra propia circunstancia. Desde la certidumbre de un cierto *sentido común* historiográfico se nos hace más comprensible imaginar, en primera instancia, que la mirada hacia un pasado alejado de nuestras propias vivencias, simplemente recibido como herencia a ser encuestada por las preguntas que le dirigimos, es un terreno óptimo para la investigación histórica y que, por el contrario, la cercanía de los hechos históricos y su invasión en nuestra propia situación vital, parecería ser una necesaria limitación para un análisis frío y dotado de prudencia, que sea capaz de extraer las líneas fundamentales de significado de tales hechos históricos. Por lo tanto, el intento de dotar a una historia contemporánea y del tiempo presente de una estatura de objetividad puede así llegar a ser un espacio de contraste y de discusión, según nuestro parecer, con conceptos caros a la hermenéutica filosófica gadameriana, tales como tradición y distancia en el tiempo. Ellos serán la columna vertebral de la argumentación en las próximas páginas.

Pretendemos cumplir nuestro propósito de acuerdo con el siguiente plan: en una primera parte se aborda el problema de la distancia en el tiempo desde el punto de vista de la hermenéutica filosófica y se dirige el asunto hacia el ámbito del conocimiento histórico específicamente. Para ello es que se da una mirada a los conceptos gadamerianos indicados en el párrafo anterior. Posteriormente, se analiza las condiciones de posibilidad de la historia contemporánea de llegar a ser un tipo de conocimiento histórico relevante. En forma aparte, se hace lo mismo con respecto a una reciente tendencia historiográfica, la Historia del Tiempo Presente. Finalmente, se entregan algunas conclusiones de carácter general.

El interés por el cual hemos abordado este tema se vincula a la necesidad de integrar a nuestro quehacer historiográfico concreto un ángulo de reflexión que se alcance sobre la cotidiana búsqueda de documentos y su integración en estructuras narrativo-explicativas satisfactorias y plausibles. Efectivamente, nos parece que el momento de la consideración teórica, más allá del espacio de lo metodológico, logra constituirse en un foco iluminador de éste. Percibimos que, en la pregunta teórico-filosófica se manifiesta un proceso de incremento explicativo de la práctica historiográfica misma, que resulta ser paradójico y asumir, en cierto modo, la lógica misma de la extrañeza hacia el pasado con el cual estamos atados: primero es el momento del desconcierto, el vacío y la parálisis, que equivale a la penetración en un sitio teórico que descoyunta las certezas metodológicas y nos sitúa en lo *otro*; posteriormente, la reflexión teórica permite dar solidez y sentido a los modos *prácticos* con los que enfrentamos el conocimiento del pasado humano. Dicha dialéctica desearíamos que quedara reflejada, aunque muy modestamente en concierto con nuestras propias limitaciones, en la naturaleza ensayística de las siguientes páginas.

II. La distancia en el tiempo desde una mirada hermenéutica

Enfrentados a la necesidad de lograr una caracterización satisfactoria del fenómeno de la distancia en el tiempo, de manera de poder introducirla posteriormente en la discusión sobre la viabilidad de una historia contemporánea y del tiempo presente, debemos emprender dicha ruta teniendo en cuenta que en el camino estará siempre presente el riesgo de desviarnos por consideraciones preferentemente metodológicas. Esto es así ya que la elección que hemos realizado como propósito a cumplir tiene una índole netamente epistemológica: dotar a estas ramas del conocimiento histórico de fundamentos de validez. No obstante, en los próximos párrafos pretendemos rebasar

dicho condicionamiento, abriendo el diálogo hacia la mirada hermenéutica.

En el proceso de desarrollo de la hermenéutica se asiste a una primera etapa en que ella se establece fundamentalmente como un conjunto de técnicas que permiten la correcta interpretación de textos relevantes, especialmente de índole religiosa y jurídica, pretendiendo dar luces sobre el significado *real y verdadero* del escrito. La situación hermenéutica introduce ya en esta primera época la perspectiva de la distancia en el tiempo como elemento constitutivo de la interpretación: se plantea el desafío de lograr superar la valla de la diferencia de épocas y rescatar la originalidad de sentido del texto y la intención del autor, cuando hay referencia a relatos de carácter literario. Así, por ejemplo, desde la perspectiva de Schleiermacher se debe lograr una *equiparación con el autor* lo que, refiriéndose a la hermenéutica de un texto, supone la posibilidad de una suerte de anulación voluntaria del intérprete que, potenciada por la superación de la diferencia temporal, haga objetiva la intelección (Coreth 150). Formulada de esta manera, la distancia en el tiempo es una barrera que es superada por el desplazamiento del intérprete mediante el *acto adivinatorio*, o sea, aquello que se halla en la base de la idea de la *congenialidad histórica* (Gadamer, *Verdad y Método I* 243).

Lo que llamaremos primera hermenéutica tiene, pues, en cuenta el fenómeno de la distancia en el tiempo, pero éste no es prioritario ni se ha hecho problemático en la perspectiva de la conciencia histórica y de la dialéctica pasado-presente del modo tal como una hermenéutica filosófica lo planteará ya en el siglo XX a través de Gadamer. Al referirnos a conciencia histórica adoptamos la perspectiva del propio autor, quien la define de modo breve y esclarecedor como “el privilegio del hombre moderno de tener plenamente conciencia de la historicidad de todo presente y de la relatividad de todas las opiniones” (Gadamer, *El problema* 41). Disponer de tal conciencia es uno de los pilares desde los cuales la armazón de puentes hacia el sentido del pasado histórico se plantea como una situación de índole hermenéutica en un modo más amplio que el de reconstrucción o restitución de un significado cerrado sobre sí mismo, en cuanto la contingencia del propio intérprete es centralmente incorporada al proceso hermenéutico, siendo así que el texto o la situación histórica a la que se somete a estudio tiene una verdad atingente al específico momento interpretativo, una *lectura* particular.

Teniendo en cuenta lo anterior es que el desarrollo de la reflexión histórica durante el siglo XIX tuvo que sortear la fuerte tentación metodológica que se cernió sobre las ciencias del espíritu en concierto con un historicismo objetivista, que Gadamer califica como *ingenuo* ya que “se fía ciegamente

en las presunciones de su método, olvida totalmente una historicidad que es también “suya”. Una conciencia histórica, que se ha propuesto la tarea de ser verdaderamente concreta, debe considerarse ya ella misma como fenómeno esencialmente histórico” (Gadamer, *El problema* 114). El prurito metodológico, en el horizonte de fundar un basamento tal que elevara a las ciencias del espíritu a las alturas alcanzadas por disciplinas nomológicas, no le concedió a la reflexión hermenéutica un sitio central en la discusión del conocimiento histórico, lo que nos parece consecuente con una estructura general del campo filosófico, que vino a ver totalmente erosionadas sus esperanzas de certidumbre ya hacia el último cuarto de la centuria con la irrupción del pensamiento de Nietzsche.

El proceso de disolución de las grandes certidumbres, al interior de la filosofía occidental, significó que se originara una ruptura en el pensamiento con respecto a la propia calidad de la situación existencial y a la relación con el pasado y, consecuentemente, con el futuro. Desde ya, en términos de visiones globales y articuladas del devenir histórico, la quiebra de las *filosofías de la Historia*, trabajada primero por la Ilustración (como secularización de la visión escatológica judeocristiana) y posteriormente por las consideraciones historicistas o por el irracionalismo, lanzaron a aguas tormentosas a lo que podríamos llamar la antigua *conciencia histórica*, entendida como integración existencial en un flujo significativo de alcance más amplio en el tiempo. Pensar la historicidad como una situación finita, desligada de trascendencia, tuvo un efecto que se nos aparece como paradójico: vació las certidumbres ancestrales en un *sentido de la vida* pero, paralelamente, hizo que fuera cada vez más urgente enraizar la circunstancia existencial en lo propiamente histórico. Dicha pulsión es la que se encuentra en el fundamento del desarrollo de la reflexión histórica y de la historiografía como disciplina de amplia demanda durante buena parte del siglo XIX, aunque aún bajo una creencia en un progreso inmanente, intrahistórico, fe que vino a colapsar manifiestamente en el siglo XX.

Los desarrollos de la reflexión sobre el conocimiento histórico acompañaron, como hemos indicado, este marco de cambios en la condición de la *conciencia histórica*. En las etapas de mayor confianza en los principios nomológicos de la ciencia moderna, la propia historia buscó fundamentar su naturaleza de conocimiento con arreglo a estructuras metodológicas propias de aquella. Sin embargo, ya entrado el siglo XX, la elaboración de una filosofía de la existencia que lograra satisfacer el reto del desarraigo y dar cuenta del fenómeno de la temporalidad dio paso a una relectura de lo hermenéutico,

ahora como fundamento de la existencia, con Heidegger. Es desde este contexto (que hemos simplificado de modo excesivo y basto), en el que se eleva la reflexión gadameriana para pretender cifrar en la hermenéutica el modo de experiencia humana del mundo en general, en la medida que es el proceso de moverse en un territorio propio, el cual se reordena de acuerdo a las nuevas preguntas que la experiencia le va planteando, enriqueciéndose dialécticamente pero no sobre la base de la extrañeza y la alienación (Gadamer, *Verdad y Método* II 213). Indudablemente, este planteamiento general tendrá aplicaciones al campo del conocimiento histórico, como veremos a continuación.

Si la naturaleza de la experiencia del ser humano en el mundo es hermenéutica como mutua interpenetración que, en la búsqueda de sentido, reconstituye en cada ocasión a los participantes del diálogo, relegando a un rol no satisfactoriamente explicativo a la lógica de la separación radical sujeto-objeto (y por ende, a la razón metodológica), la mirada hacia el pasado debe darse bajo un nuevo prisma. En esta nueva perspectiva, la construcción de conocimiento histórico recoge los principios generales que la propia práctica historiográfica había ido labrando a lo largo de su desarrollo, pero los integra en una concepción distinta de la temporalidad y del diálogo entre pasado y presente. Es en este sentido que la mirada hermenéutica reorienta a la práctica historiográfica, sin ser ella misma una técnica ni una metodología específica. Y dentro de esta propuesta de rearticulación de la vista hacia el pasado humano, se destaca el vínculo dialéctico entre intérprete y pretérito. En tal campo es que puede discutirse las categorías gadamerianas de tradición y distancia en el tiempo.

Al escrutar el pasado remoto se hace evidente cierta comunidad entre éste y nuestra propia circunstancia. Se reconoce en él significados que nos son inteligibles al mismo tiempo que ciertos perfiles se nos hacen borrosos, dado el trabajo que el tiempo, perpetuo viento que sopla sobre la existencia, ha hecho. Restos, señales, son el depósito que aguarda nuestra comprensión, pero ésta no se produce como un hecho o facultad ajeno al mismo pasado sometido a pregunta. Éste nos está constituyendo también en el acto mismo de la mirada hacia él, como tradición. Así, “la posición entre extrañeza y familiaridad que ocupa para nosotros la tradición es el punto medio entre la objetividad de la distancia histórica y la pertenencia a una tradición. Y este punto medio es el verdadero topos de la hermenéutica” (Gadamer, *Verdad y Método* I 365). Vale decir, la mirada hacia el pasado *ya* está constituida por éste, en tanto marco de la tradición desde el cual la emprendemos pero, para

que surta efecto la productividad propia de la dialéctica de lo hermenéutico, es necesaria la tal extrañeza que nace de la distancia en el tiempo.

El fenómeno de la extrañeza, la *otredad* del pretérito, no es aporía precisamente por la calidad de la unión que se tiende entre el pasado remoto y nuestra circunstancia: la tradición. De este modo se puede entender de modo productivo a la distancia en el tiempo y reconocerla como “una posibilidad positiva y productiva del comprender: no es un abismo devorador, sino que está cubierto por la continuidad de la procedencia y de la tradición, a cuya luz se nos muestra todo lo transmitido” (Gadamer, *Verdad y Método* I 367). Ahora bien, la aceptación de tal extrañeza y distancia es un reto básico del conocimiento histórico y una paradoja de base de éste: en cuanto disciplina que mira el pasado con los ojos del presente “la historia quiere hacer las cosas contemporáneas, pero al mismo tiempo necesita restituir la distancia y la profundidad del alejamiento histórico” (Ricoeur, *Historia y Verdad* 71).

La distancia en el tiempo se nos aparece, pues, no como un impedimento para la comprensión histórica sino que, al contrario, como un factor de posibilidad de ésta. En tal sentido, en el panorama que se ofrece a nuestros ojos contemplando desde la distancia, puede apreciarse los contenidos que le son propios a un proceso histórico específico, especialmente en función de “su carácter relativamente cerrado sobre sí, de su lejanía respecto a las opiniones objetivas que dominan en el presente, todo esto [es] hasta cierto punto condición positiva de la comprensión histórica” (Gadamer, *Verdad y Método* I 368).

El punto anterior es relevante, tomada ya nota que la atribución de unidad de los procesos históricos es una situación en que se incorpora la discusión sobre la propia naturaleza de la historia como género de descripción de la realidad pasada. Con esto queremos decir que la identidad atribuida a hechos del pasado como parte de un proceso con sentido, nos remite a la idea de la historia como una forma de relato verídico, al sentido del conocimiento histórico como forma de una narración que asume la estructura de una intriga (Gadamer, *Verdad y Método* I 368). Por lo tanto, ella supone una conclusión que es “el polo de atracción del proceso entero” (Ricoeur, *Texto, testimonio y narración* 63). Por esto, aparece como necesario que lo narrado tenga un *télos* interno que lo incardine y le dé unidad. En tal sentido, la distancia en el tiempo permite apreciar el despliegue de la lógica de la intriga y su conclusión.

En conexión con lo anterior, desde una lectura hermenéutica algo más radical y que enfatiza el rol narrativo del conocimiento histórico y busca fundir

en la instancia del relato la esencia de la temporalidad misma, Ricoeur indica que “la distancia en el tiempo se presenta como un fenómeno hermenéutico, siendo la forma fundamental de la alteridad del acontecimiento que, estando en un allá y un entonces, sin embargo, en el discurso se hace presente en un aquí y ahora” (Ricoeur, *Política, historicidad y sociedad* 1982). O sea, para que la temporalidad del pasado cobre sentido, como actualización en el discurso que se construye en la circunstancia actual, es necesaria la alteridad que queda construida por la lejanía cronológica. Incluso, desde la productividad que el propio discurso histórico logra, desde su condición estilística, diríamos, la tensión entre la distancia del hecho estudiado y la inmediatez de la lectura del texto, es constitutiva del mérito de la obra histórica ya que es “un don poco común saber acercar a nosotros el pasado histórico, restituyendo sin embargo su distancia histórica, mejor dicho, creando en el espíritu del lector una conciencia de lejanía, de profundidad temporal” (Ricoeur, *Historia y Verdad* 29).

Un último ángulo que nos interesa traer a colación acerca de la distancia histórica es, simplemente, el argumento que, desde los albores del desarrollo moderno de la historiografía, refuerza la necesidad de que exista una separación temporal entre el historiador y su tema. Nos referimos a la idea de la *sine ira*, la búsqueda de la objetividad a través de la desvinculación de intereses y conflictos personales con lo estudiado, lo que se facilitaría al abordar un tema distante en el tiempo, “en otras palabras: cuando está suficientemente muerto como para que ya sólo interese históricamente” (Gadamer, *Verdad y Método* I 368.) Veremos, más adelante, que este principio no se salvaguarda de modo integral sólo en función de la distancia temporal.

III. La posibilidad de conocimiento objetivo de la historia contemporánea

A modo de entrada en este tema, es importante tener en cuenta que la discusión sobre la objetividad posible de la historia contemporánea debe estar inscrita en la toma de conciencia respecto de la limitación general del conocimiento histórico de ser un saber objetivo (Borghesi 1). Planteamos esto ya que, en virtud del ideal antes mencionado de la nula vinculación de interés personal y objeto de estudio histórico, la proximidad entre el historiador y su tema sería una limitación. No obstante, no debiera considerarse el despliegue de lo cronológico como un criterio determinante para validar la objetividad de una investigación histórica, ya que por sí misma la distancia temporal no la asegura.

La historia contemporánea se ha desarrollado como campo de inves-

tigación de lo próximo históricamente desde el siglo XIX. Bajo urgencias pragmáticas tales como la consolidación del ideario republicano y liberal, se ha acercado temporalmente al presente el borde legítimo de investigación en el tiempo. Ahora bien, este desarrollo se vincula con la modificación que acaece en el plano de la temporalidad, en el contexto de fuertes avances científicos y una cada vez creciente complejidad de la existencia. En todo caso, el vínculo entre hechos recientes e investigación historiográfica no es algo que haya aparecido *ex nihilo* en medio del espectro de las ciencias del espíritu en el siglo XIX, sino que hunde sus raíces en el origen de la historiografía como tal, en la época clásica, en la que no era una aventura extraña que un historiador abordara hechos que lindaban con su situación.

Se ha destacado en diversas ocasiones el carácter de toda historia como historia contemporánea, ya indicado con insistencia por Benedetto Croce, en la medida que son las preocupaciones y pulsiones de la coyuntura del historiador las que guían su visita al pasado (Le Goff 26). En la misma línea de argumentación podemos hallar a Marc Bloch y su idea de la comprensión del pasado mediante el presente: “en verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas, donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado” (Bloch 79). Por ende, la contemporaneidad de la historiografía sería una situación que rebasaría las delimitaciones formales cronológicas de su objeto y se reforzaría su naturaleza actual, presentista, aunque siempre orientada hacia el pasado, en vista de no perder su índole. Sobre la dimensión del pasado, señalaremos más adelante algunas precisiones.

El discernimiento respecto a la naturaleza del pasado histórico se encuentra en la base de la posibilidad de una historia contemporánea de legitimarse como campo de estudio. Sin embargo, tal situación no aparece ante nosotros como un hecho privativo de esta rama de la historiografía, sino que afecta a todo el conjunto de ésta. Si se entiende a toda la historiografía como ciencia del pasado humano, inmediatamente surge la necesidad de establecer si efectivamente el pasado existe como un objeto, como un campo independiente del presente. Esta pregunta alberga, junto a otros requisitos de la disciplina, la posibilidad de la historia contemporánea de fundarse como saber legítimo, en la medida que la respuesta sea que todo pasado histórico no es sino lo que la propia conciencia histórica define como tal. Se puede hablar de un pasado histórico, que la conciencia de la actualidad define por contraste entre lo nuevo y lo viejo como distante de la situación de ella y puede hablarse también de un pasado del presente, que se vincula con éste

de un modo más estrecho y difícil de discernir en cuanto a sus límites. El pasado histórico se nos aparece como paradójico en su formulación, en cuanto es aquello que no está olvidado, ya que ha sido recordado por el presente, pero también supone lo olvidado, que es lo único que puede ser recordado. Esta tensión, que en clave hermenéutica nos da el tono de la familiaridad y la extrañeza que, mutuamente imbricadas, nos acompañan en nuestro atisbo al pasado, hace que el cierre del pasado en un punto específico sea difícil de determinar.

Los razonamientos anteriores ponen el acento, finalmente, en la definición del objeto de la historia como el presente que precisa, investiga y reconstituye las líneas centrales del pasado (Heller 73). En esta perspectiva, la historia contemporánea no se vería limitada por la naturaleza del objeto sino, más bien, por lograr cumplir con los requisitos propios de la disciplina histórica, desafiados especialmente en su caso por el peligro de caer en la elaboración de una historia expresamente al servicio de propósitos y fines prácticos con los cuales, desde el presente que mira interesadamente al pasado, moldear el futuro. Allí se perdería la índole de lo historiográfico para caer en la propaganda y la manipulación del pasado, atterradoramente expuesta en la célebre frase orwelliana “quien controla el pasado, controla el presente; quien controla el presente, controla el futuro”.

En todo caso, el riesgo recién indicado no es privativo de este tipo de historia. Hacer historia *comprometida* es un trance al que se ven expuestos permanentemente todos los historiadores, lo sepan o no. Y, paradójicamente, la propia cercanía y potencial conflictividad de una historia contemporánea, debieran aguzar más claramente la atención del historiador ante su estructura de prejuicios y su red de intereses que pudieran infiltrar su trabajo, riesgo que es inevitable ya que cada historiador, ya sea mirando hacia la Fértil Medialuna, el sistema feudal o a los prolegómenos de la caída del Muro de Berlín, tiene una peculiar estructura de prejuicios. Cada estudioso del pasado maneja una determinada concepción de naturaleza humana y unos determinados valores (Borghesi 2).

Al iniciar este apartado, mencionábamos que la historia contemporánea encuentra su origen en el siglo XIX. Sin embargo, su cultivo se ha hecho mayor durante el siglo XX bajo la forma preferente de una historia que pretende dar cuenta de los procesos en el ámbito mundial. Así lo expresa David Thompson, uno de sus principales cultores, en su *Historia Mundial, 1914-1968*: “la historia contemporánea sólo puede ser estudiada adecuadamente como historia mundial” (Pasamar 191). Esto ha tenido razones de

carácter pragmático (apoyos estatales a centros de investigación para fundamentar históricamente la comprensión del sistema internacional) tanto como de índole teórica, que son las que, para nuestros efectos, nos merecen mayor atención. Entre éstas cabe mencionar la revalorización del cambio y del acontecimiento en la historiografía, luego de un auge de visiones estructurales que enfatizaban el largo tiempo, la inmovilidad y la ralentización de la existencia histórica. La conciencia de la velocidad del cambio histórico se juega en la propia circunstancia desde la que se dirige la mirada a éste: en esta situación también podemos apreciar el imperio de una forma hermenéutica, en cuanto la pregunta que lanzamos al pasado y nuestra apreciación de éste se encuentra trabajada por nuestra propia circunstancia (la aceleración objetiva de los flujos de información, de los niveles de operatividad, en el tiempo de lo virtual y lo informático y la instantaneidad). Cabe, en todo caso, preguntarse si, en nuestro asomo al pasado desde esta tal circunstancia acelerada en su tráfigo como existencia, la mirada histórica busca un *tempo* distinto y si éste puede tener sentido para la actualidad. Desde una mirada hermenéutica, esto significa preguntarse si está operando una lógica de la escucha y no de la dominación. Es, en definitiva, la pregunta implícita que se hace, en cierta medida, el historiador Eric Hobsbawn cuando describe los mecanismos actuales de erosión de la memoria histórica, afirmando que “en su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica con el pasado del tiempo en el que viven” (Hobsbawn 13).

IV. Historia del tiempo presente: su posibilidad de objetividad

En el marco general del desarrollo de la historia contemporánea, las últimas décadas han visto la aparición de una nueva rama historiográfica que es conocida bajo diversas denominaciones, la más aceptada de ellas la de historia del tiempo presente. En general, el desarrollo de esta tendencia se ha producido a partir de centros académicos, fundamentalmente franceses, que cultivaban la historia contemporánea y han encontrado en ella una serie de vacíos y limitaciones. También es importante mencionar que esta historiografía se origina en motivaciones vinculadas a la disputa por el poder de explicación y el prestigio mediático de otras ciencias sociales, como la sociología y la ciencia política, y por un afán de disputar al periodismo el discurso sobre una porción del pasado de la que no se hacía cargo la historiografía académica tradicional.

Ya en la década de 1970 Jacques Le Goff abogaba por la aparición de una

historia del presente, que superara la definición oficial de la contemporánea, en atención a las profundas transformaciones de las relaciones entre pasado y presente, fruto de la “aceleración de la historia” en las últimas décadas (173). Una historia concebida como contemporánea resultaba ya ser una categoría agotada, dado que englobaba de modo difuso todo aquello posterior a la Revolución Francesa, por lo cual, como algún autor anota irónicamente, nosotros resultaríamos *contemporáneos* de Napoleón (Bédarida 21). En este argumento lo que percibimos es una discusión que podría leerse simplemente como un conflicto de rotulación histórica que pudiera ser salvado mediante el expediente de inventar una nueva marca para una época distinta. Sin embargo, por debajo de esta polémica de resabios taxonómicos se desliza un problema mayor, que es el de la discusión sobre el presente y su imbricación con el pasado, problema hacia el cual retornaremos en unos párrafos más.

La carta de ciudadanía de la historia del tiempo presente ha debido ser ganada contra una serie de objeciones que nos sitúan nuevamente en el terreno de la discusión sobre la objetividad del historiador. Una de las principales quejas que se le ha formulado es acerca de la falta de distancia para apreciar los hechos (Bédarida 23). Por otra parte, se argumenta que su vinculación temática con la circunstancia esconde el peligro de una instrumentalización política o de otro orden del producto de la investigación. Ya se ha indicado, al referirnos a la historia contemporánea, el alcance real de estas objeciones. Sin embargo, lo que yace en el fondo de la historia del tiempo presente es una inversión de la centralidad de lo que se entendía como misión de la historiografía en sus primeras formulaciones, en tanto conservación de la memoria de lo relevante del pasado.

En efecto, con la historia del tiempo presente se asiste a la radicalización de la toma de conciencia de la historicidad del presente, el cual

ha adquirido un color histórico; antes de cualquier elaboración crítica, antes de cualquier cribado, es vivido directamente como historia... Pero es una historia en presente, que no depende del consenso futuro de los historiadores, sino que mana de las profundidades de las masas y de su vivir cotidiano, demasiado diverso, incierto y móvil para servir de fondeadero al pasado (Nora 535).

La historización del presente, recién aludida, ha marchado a la par de un proceso de redefinición del acontecimiento en la historiografía, que ha tenido un trayecto marcado por épocas bien determinadas: en una primera y extensa etapa, el acontecimiento ha sido la base de la historia, entendido como manifestación de la singularidad, o sea, como el tradicional dato histórico,

asociado a lo notable y excepcional, esto es, a lo político y al individuo destacado (Trebitch 29). Luego, la crítica a esta historia *événementielle* ha sangrado al acontecimiento de su sustancia y lo ha sumido bajo las estructuras y la larga duración, en la acepción de los *Annales*. Finalmente, de modo paralelo a la emergencia de la historia del tiempo presente se ha producido una cierta vuelta al acontecimiento, pero bajo una forma diferente a su primer significado de singularidad. Todo este proceso nos es relevante en la medida que tiende a redefinir las categorías de estructura, hecho histórico y, por ende, de historia contemporánea y, subsecuentemente, permite el afloramiento de la historia del tiempo presente.

El acontecimiento, bajo su nueva lectura, es entendido como algo más cercano a la integración en una narración, lo que remite también a la perspectiva hermenéutica de Ricoeur del acontecimiento *sobresignificativo*, entendido “en el sentido de que no existe en estado bruto sino que es siempre el resultado de una narración, de un discurso” (Trebitch 33). Esto conecta directamente con la lógica de la narración articulada por los testigos de procesos históricos. En tal medida, la historia del tiempo presente pretende incorporar a lo histórico una actitud nueva frente a las formas vivas de memoria, manifestadas en el recurso a la historia oral y en términos cronológicos en el espacio de una vida humana (Pasamar 194).

En la historia del tiempo presente, la centralidad del presente como punto de mira hacia el pasado ha quedado ahora reflejando la dimensión contingente de todo conocimiento del pasado ya que, tanto en la historia contemporánea como en la del tiempo presente, se tiene en cuenta el carácter provisorio de cualquier historiografía. Con ello, bajo esta perspectiva, la exigencia de una distancia en el tiempo para elaborar conocimiento histórico retrocede, ya que gana sentido la consideración del acontecimiento dentro de una trama o estructura que lo articula.

Por último, cabe resaltar que, en un cierto modo, la historia del tiempo presente se entiende a sí misma como una vuelta hacia los orígenes de la historiografía, en la medida que aborda el pasado reciente y actuante en la situación del intérprete, ganando así la disciplina histórica una vinculación indisoluble con la construcción de la realidad. La dimensión pragmática de la historia asoma tras esta manera de entender el oficio de historiador.

V. A modo de conclusión abierta

Miramos las páginas ya escritas y nos percatamos de que, en la disposición de las frases, en el ritmo de los períodos, hay una cierta metáfora que recorre, con el texto, el sentido de lo que hemos abordado. La referencia que hemos hecho a la tradición y a la distancia en el tiempo desde la mirada hermenéutica nos convoca con la serenidad del arraigo y la espera. En cambio, referirnos a la historia contemporánea y a la historia del tiempo presente ha sido un tener que asumir el tráfago de lo cambiante, la puesta en el papel de una serie de urgencias teóricas que remecan las posibilidades de una práctica historiográfica que pueda *hacer sentido* a la luz de la circunstancia de una historia acelerada, de una temporalidad densa pero al mismo tiempo evanescente: en definitiva, de una circunstancia más marcada por la actualidad, en su sentido periodístico de inmediatez y emergencia, que por el presente.

Hemos caracterizado a la distancia en el tiempo como un escenario propicio para la alteridad propia del enfoque hermenéutico, en cuanto vincula al intérprete con su *objeto* desde una situación en que éste le es paralelamente significativo y misterioso, siendo este último atributo un desafío a la voluntad de escucha del intérprete que, premunido de sus categorías y su estructura de prejuicios que constituye su precomprensión, acude a él, sin que pueda hacerlo impoluto, sin cargar con sus valores y su *visión de mundo*. Ahora bien, las nuevas tendencias historiográficas, entre ellas la historia del tiempo presente, han postulado que la distancia en el tiempo no aparece como una situación productiva *per se* desde el punto de vista del conocimiento histórico y que éste no se ve lesionado en su índole al abordar el estudio de problemas que se traslapan con la situación existencial del historiador. Hay allí una nueva mirada al tema de la distancia en el tiempo.

Pese a lo anterior, no podemos dejar de recoger de la discusión sobre la temporalidad que se halla implícita en el tema que hemos abordado, una reflexión con respecto a la calidad del tiempo histórico. No se encuentra en discusión amplia su naturaleza, pero sí es la distancia histórica un ángulo desde el cual someterla parcialmente a cuestión. El *choque de los tiempos* que se encuentra en la base de todo este dilema lo podemos resumir así: una temporalidad que se halla en permanente cuestión como fruto de la modificación permanente y acelerada de las condiciones de la existencia, esto es, nuestra temporalidad de fines del siglo XX y albores de la actual centuria, que, en su reflexión, *construye*, en la narración histórica, un pasado, un *otro tiempo*. Esa figura en cierto modo especular, nos parece que se erige en uno de los modos de ser de la historia como conocimiento que, en la identidad

y la extrañeza, ayuda a definir lo propio. Sin embargo, la comprensión del pasado de lo presente como un campo en cierto modo indistinguible de la propia situación, nos parece que podría limitar las posibilidades de la historia de predicar sobre dicha realidad algo *otro* con respecto a nuestro mismo sitio en el mundo. Hacer historia del tiempo reciente sin integrar en ella la necesaria dimensión de la *otredad* podría encarrilarnos hacia una mera observación del reflejo pobremente especular de un presente que no puede (o no quiere) someterse al desafío de considerar un tiempo de arraigo, una temporalidad distinta que desafíe las poderosas y vertiginosas pulsiones que, en la base de los procesos económicos y de difusión acelerada de la comunicación, son, finalmente, ellas mismas, un producto de algo más hondo que el propio presente.

Bibliografía

- Bédarida, François. “Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 20, Universidad Complutense de Madrid, (1998): 19-27.
- Bloch, Marc. *Apología de la historia*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1971.
- Borghesi, Francisco. “El problema de la objetividad en la Historia Contemporánea”. Documento inédito. Santiago: 1987.
- Coreth, Emerich. *Cuestiones fundamentales de hermenéutica*. Barcelona: Herder, 1972.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método*. Salamanca: Editorial Sígueme, 1997, 2 volúmenes.
- . *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos, 2000.
- Heller, Agnes. *Teoría de la historia*. Ciudad de México: Ediciones Fontamara, 1997.
- Hobsbawn, Eric. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica, 1997.
- Le Goff, Jacques. *Pensar la historia*. Barcelona: Ediciones Altaya, 1995.
- Nora, Pierre. “Presente”. Le Goff, Chartier y Revel, Françoise (dir.) *La nueva historia*. Bilbao: Editorial Mensajero, 1998.
- Pasamar, Gonzalo. *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*. Madrid: Editorial Síntesis, 2000.
- Ricoeur, Paul. *Texto, testimonio y narración*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1983.
- . *Política, sociedad e historicidad*. Buenos Aires: Editorial Docencia, 1982.
- . *Tiempo y narración*. Madrid: Ediciones Cristiandad, 1987, 3 volúmenes.
- . *Historia y Verdad*. Madrid: Encuentro Ediciones, 1990.
- Trebitsch, Michel. “El acontecimiento, clave para el análisis del tiempo presente”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* 20, Universidad Complutense de Madrid, 1998: 29-40.

